



NANCY ISENBERG

WHITE
TRASH

[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de historia de las
clases sociales estadounidenses

En su innovadora historia sobre el sistema de clases en Estados Unidos, Nancy Isenberg expone el crucial legado de la embarazosa, siempre presente y ocasionalmente entretenida *white trash*. Los votantes que pusieron a Trump en la Casa Blanca han sido una parte permanente del tejido estadounidense: los pobres, marginados y sin tierra han existido desde la época del primer asentamiento colonial británico hasta los actuales *hillbillies*. Denominados como «basura», «timadores perezosos», «comedores de arcilla» o «crackers» en la década de 1850, los oprimidos eran conocidos por tener niños prematuramente envejecidos que se distinguían por su piel amarillenta, ropa andrajosa y actitudes apáticas. Los blancos pobres fueron fundamentales para el ascenso del Partido Republicano a principios del siglo XIX y la Guerra Civil en sí misma se libró casi tanto por cuestiones de clase como por la esclavitud. Por otro lado, la escoria blanca siempre ha estado en el centro de los principales debates sobre el carácter de la identidad nacional. Examinando la retórica política, la literatura popular y las teorías científicas a lo largo de cuatrocientos años, Isenberg cuestiona los mitos de la supuesta sociedad libre de clases estadounidense, donde la libertad y el trabajo duro garantizan la movilidad social.

*En recuerdo de
Gerda Lerner y Paul Boyer*

Nota del traductor

Dado que muchas de las palabras jergales aquí empleadas no tienen correspondencia en nuestra lengua, la dificultad de traducir al castellano las voces —fundamentalmente despectivas, pero también descriptivas— de la cultura popular estadounidense aconseja ofrecer al principio un breve vocabulario de las equivalencias utilizadas. Si en algunos casos doy más de una traducción y apunto más a un semeja que a una paridad unívoca es porque, además de permitir la unificación de términos y su cotejo con los originales, la siguiente lista debe orientar al lector en la comprensión general del libro, ya que en función de los contextos ha sido preciso optar por diferentes variantes de traducción. En efecto, las voces estadounidenses no solo están impregnadas de un conjunto de connotaciones culturales imposibles de encerrar en un solo vocablo, también denotan en algunos casos más de una característica, y con el paso del tiempo o en diferentes situaciones el hablante nativo puede resaltar uno u otro de esos aspectos. Por ejemplo, *redneck* se refiere en principio al campesino blanco del Sur de Estados Unidos, pero por extensión puede aplicarse denigratoriamente a cualquier individuo falto de cultura o refinamiento en opinión de quien le categoriza. Espero que este mínimo «diccionario» constituya una buena ayuda:

clay-eater: comearcillas.

- cracker* o *corncracker*: mascamazorcas (también bribón, pícaro, bergante, zarrapastroso...).
- hillbilly*: rústico, cateto, pueblerino.
- lubber*: patán, palurdo.
- mudsill*: pies de barro.
- piney*: morador de los pinares.
- redneck*: destripaterrones, paleta, campesino blanco pobre, gañán sureño.
- rubbish*: basura, desperdicios.
- sandhiller*: habitante de los médanos.
- tar-heel*: talón de brea.
- trailer trash*: barreduras de remolque, caravanero tirado, carne de furgoneta.
- waste people*: morralla humana.
- waste*: despojo, morralla; referido a la tierra: páramo o tierra yerma.
- wasteland*: erial o tierra baldía.
- white trash*: escoria blanca, es decir, el conjunto de la población blanca más desfavorecida de Estados Unidos y, por extensión, «persona pobre» en general, con sus obvias intersecciones de raza, género, etcétera.

TOMÁS FERNÁNDEZ AÚZ

Prefacio

Una de las películas más memorables de todos los tiempos es *Matar a un ruiseñor*, estrenada en 1962. Se trata de un retrato clásico de las secuelas que ha dejado la esclavitud y la segregación racial en el Sur de Estados Unidos. Hace más de dos décadas que examino en mis clases el contenido de ese filme, que también es una de las cintas favoritas del presidente Obama. Sin embargo, cuando lo paso en el aula (por mucho que también hayan podido verlo en el instituto), a lo que asisten mis alumnos, y por primera vez en su vida, es a un drama cuyo argumento no solo contiene un mensaje inquietante, sino dos.

Uno de los argumentos habla de un hombre de principios, el valiente abogado Atticus Finch, que se niega a perpetuar el doble rasero racial: pese a saber que va a encontrar una fuerte oposición, acepta defender a un afroamericano llamado Tom Robinson al que se le acusa de haber violado a Mayella Ewell, una chica blanca muy pobre. Aunque el tribunal dictamine la culpabilidad de Robinson, el espectador sabe que es inocente. El reo es un hombre honrado que trabaja de sol a sol y cuya talla personal es muy superior a la de la degenerada familia de sus acusadores: los Ewell. La desaliñada Mayella se siente acobardada por su padre, que la intimida con modales de matón. Este, que responde por Bob Ewell, es un hombre escuálido al que siempre vemos embutido en un mono de trabajo y que carece de todo mérito o virtud moral. Bob Ewell exige que el jurado, integrado exclusivamente por varones blancos, se

ponga de su parte, cosa que al final consigue. Insiste en que le ayuden a vengar el honor de su hija. No contento con saber que alguien ha matado a Robinson cuando intentaba fugarse de la prisión, Bob agredirá además a los dos hijos de Atticus Finch en la noche de Halloween.

El nombre completo de Bob Ewell es Robert E. Lee Ewell. Pero no se trata del heredero de ninguna de las familias aristocráticas del Viejo Sur. Según la descripción que nos ha dejado Harper Lee, la autora de la novela que dio pie a la película, los Ewell forman parte de los más pobres de entre los pobres, de aquellos cuya miseria no hay fluctuación económica que pueda disminuir o agravar —ni siquiera la Gran Depresión—. Son escoria humana. Así lo afirma en el texto la propia escritora: «Ningún agente del orden era capaz de sujetar a su numerosa descendencia en la escuela; ningún sanitario podía librarles de sus defectos congénitos ni de los diversos gusanos y enfermedades endémicas de los ambientes sucios». Viven detrás del basurreo municipal, en cuya porquería rebuscan a diario. La ruinoso chabola que les sirve de casa había sido en otra época «una choza de negros». Y como hay inmundicias por todas partes, la barraca parece «la casa de muñecas de un chiquillo demente». No hay nadie en todo el vecindario capaz de determinar cuántos críos viven en ese lugar: unos dicen que nueve y otros solo aventuran seis. Para los habitantes del pueblecito de Maycomb, en Alabama, los hijos de los Ewell eran simples «mocosos de cara sucia que se asomaban a las ventanas cada vez que alguien pasaba por allí»^[1]. Los Ewell responden inconfundiblemente a la imagen de lo que los estadounidenses del Sur (y un montón de gente más) denominan «escoria blanca»^[2].

Sus actuales compatriotas todavía conservan una visión tan estrecha como sesgada de la escoria blanca. Uno de los símbolos más contundentes y familiares de las actitudes retrógradas que se asocian con este grupo social desfavorecido es el que mostraron los periódicos y las cámaras de tele-

visión en 1957 al captar el enfurecido rostro de los blancos que protestaban en un acto de integración escolar que tuvo lugar en Little Rock, Arkansas. En 2015, varios manifestantes cubiertos de tatuajes del Ku Klux Klan decididos a defender la bandera confederada frente al Parlamento de Charleston, en Carolina del Sur, exhibieron también sentimientos similares, demostrando así la persistencia de un bochornoso fenómeno social. El prestigio de Paula Deen, la popular presentadora del canal de televisión de pago estadounidense Food Network, nacida en Georgia y famosa por sus recetas impregnadas de colesterol, cayó repentinamente en picado en 2013, al revelarse que usaba la «palabra con N»^[3]. Prácticamente de la noche a la mañana, su reputación de sureña presentable se fue al garete, y acabó marcada con el estigma reservado a los paletos más burdos y menos refinados. En el extremo opuesto, se ha regalado la vista y el oído de los telespectadores con refritos de personajes de vodevil como el de Jefferson Davis Hogg, alias «Boss», en *El sheriff chiflado* (1979-1985^[4]), cuyas reposiciones han perdurado nada menos que hasta el año 2015^[5], fecha en la que se dejaron de emitir debido a que en el coche (conocido como «General Lee») de dos de sus protagonistas, Bo y Luke Duke, se había pintado la bandera confederada. El título mismo de esta serie es un juego de palabras relacionado con la identidad de clase, ya que los Duke son gente pobre de las montañas de Georgia dedicada entre otras cosas al contrabando de alcohol, pero su apellido se asocia con la realeza inglesa^[6].

Con todo, estas instantáneas tipológicas de la escoria blanca nos ofrecen una imagen incompleta de un problema que en realidad es muy antiguo y que generalmente pasa desapercibido. En sus charlas sobre acontecimientos virales como los reseñados más arriba, los estadounidenses no dan ninguna muestra de percibir las diferencias de clase, más allá de una simple constatación superficial. A la cólera

y la ignorancia se superpone la compleja historia de una identidad de clase fraguada en el remoto periodo colonial de Estados Unidos sobre la base de las nociones de pobreza traídas de Gran Bretaña. En muchos sentidos, el sistema de clases de Estados Unidos se ha ido gestando al hilo de la evolución de los argumentarios políticos empleados para despachar o demonizar (y de cuando en cuando reivindicar) a esos marginados rurales aparentemente incapaces de incorporarse a la corriente dominante de la sociedad.

Por consiguiente, los Ewen no son simples figurantes del drama histórico de Estados Unidos. Su tropicada peripécia arranca con el siglo XVI, no en los albores del XX. Es una emanación de las políticas coloniales británicas enfocadas al reasentamiento de los pobres, una consecuencia de un conjunto de decisiones llamadas a condicionar los conceptos de clase estadounidenses y a dejar una huella indeleble en su cultura. Conocidos en un principio con el nombre de «morralla del Nuevo Mundo» y más tarde con el de «escoria blanca», los estadounidenses socialmente arrinconados acabarían padeciendo el estigma de su inadaptación al sistema de la productividad, de su falta de propiedades o de su incompetencia como progenitores de hijos sanos y aptos para ascender en la escala social; o dicho de otro modo: aparecen carentes del sentido del medro personal que constituye la base del sueño americano. Y la solución que se ha dado en Estados Unidos a la pobreza y el atraso social no ha sido precisamente la que quizá hubiera cabido esperar. Bien avanzado el siglo XX, la expulsión de los parias o incluso su esterilización eran propuestas que se antojaban racionales a juicio de quienes ansiaban reducir la losa que representaban «los perdedores» para el conjunto de la economía.

En el desarrollo de las actitudes de la sociedad frente a estas personas indeseables, las expresiones lingüísticas más espeluznantes son tal vez las propias de mediados del si-

glo XIX, ya que en ese periodo los campesinos blancos pobres eran arrojados al saco categorial de los seres inferiores a la raza blanca, debido a que su misma piel amarillenta, unida a su enfermiza y achacosa descendencia, denunciaba su condición de ralea extraña y ajena. Los términos «morrala» y «escoria» se revelan cruciales para comprender, siquiera mínimamente, el carácter de este impactante y persistente vocabulario. Estados Unidos ha sido siempre, en toda su historia, un sistema de clases. No se trata únicamente de que el uno por ciento de su población sea la que dirija el país ni de que esa exigua élite de privilegiados cuente con el apoyo satisfecho de la clase media: si queremos explicar la identidad de la nación no podemos seguir haciendo caso omiso de las capas estancadas y desechables de la sociedad.

Pobres, despojos, basura...; sea cual sea la etiqueta que se les haya asignado, los integrantes de este estrato social se han situado invariablemente en la vanguardia de las contiendas políticas más pedagógicas de Estados Unidos. En la época del asentamiento colonial, sus componentes actuaron a un tiempo como peones útiles y levantiscos agitadores —una pauta conductual llamada a perdurar entre las masas de emigrantes desposeídos que se dedicarían a ocupar tierras tanto en las regiones del oeste como en el conjunto del continente—. Los blancos pobres del sur no solo tuvieron un papel muy destacado en el ascenso del Partido Republicano de Abraham Lincoln, también intervinieron en la gestación del clima de desconfianza que determinaría que las inquinas acabaran impregnando las capas más empobrecidas de la Confederación en la época de la Guerra de Secesión estadounidense. Durante el periodo de la Reconstrucción^[7], la escoria blanca constituyó una peligrosa anomalía y un punto discrepante en los esfuerzos tendentes a refundar la Unión. Y en las dos primeras décadas del siglo XX, coincidiendo con el florecimiento del movimiento

eugenésico, sus miembros pasaron a formar la clase degenerada a la que apuntaban los programas de esterilización. La otra cara de la moneda es que los blancos pobres se beneficiaron de los empeños rehabilitadores del New Deal y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson^[8].

Una y otra vez, la presencia de la escoria blanca nos recuerda una de las más incómodas verdades nacionales de Estados Unidos: que sigue habiendo pobres entre nosotros. La zozobra que induce a penalizar a las personas blancas sumidas en la pobreza revela la existencia de una molesta tensión entre las promesas de país que se inculcan a los estadounidenses —es decir, el sueño de la movilidad social ascendente— y la mucho menos atractiva realidad de que las barreras de clase determinen casi invariablemente que ese sueño resulte inalcanzable. Como es obvio, la encrucijada en la que la raza y la clase se intersectan continúa siendo uno de los factores que influyen innegablemente en el conjunto de la situación.

El estudio que aquí presento revela la existencia de una compleja herencia. No se trata únicamente de que las capas sociales inferiores queden categorizadas con etiquetas despectivas en una franja temporal dada. Hace tiempo que uno de los sustratos inconscientes del credo nacional de Estados Unidos viene girando en torno a la racionalización de la desigualdad económica: se ha asignado a la pobreza el carácter de una realidad natural, y muchas veces se considera que es algo ajeno al control humano. En consecuencia, los blancos pobres han sido clasificados en la categoría de las razas extrañas. O dicho de otro modo, la socialización deja de estar ligada con el cultivo de los modales o las competencias relacionales y queda vinculada con algo mucho más siniestro: la pervivencia de un legado impuesto. El lenguaje de clase que ha terminado aceptándose en Estados Unidos se articuló en su día en aquiescencia con la forma en que los británicos enfocaban la cuestión de los vagabundos y consagró una suerte de fijación trasatlántica con

la cría de animales, su demografía y su pedigrí. Los pobres no solo se vieron tildados de meros despojos, también se los asimiló al ganado de mala calidad.

Con el paso de los años iría aflorando, junto a las familiares imágenes denigratorias, un conjunto de temas populistas. Sin embargo, esos temas no han llegado a tener nunca la fuerza necesaria para desvitalizar la hostilidad que se ha estado vertiendo sobre los blancos pobres del medio rural. En las últimas décadas, hemos asistido a la exacerbación de las pasiones tribales como consecuencia del redescubrimiento de las «raíces campesinas»^[9], un movimiento estadounidense de orgullo identitario que tuvo mucho recorrido en las décadas de 1980 y 1990. Lo que ha espoleado esta recuperación de la identificación con el mundo rural no ha sido tanto una reacción a los paulatinos cambios de sentido progresista que han venido registrándose en las relaciones raciales como la fascinación que en general ejerce actualmente la política identitaria. La idea de esa rai-gambre agreste implica que la clase social ha adquirido los rasgos (y el aspecto) de un legado étnico, cosa que a su vez refleja el deseo moderno de no dar a la clase otro valor que el de un fenómeno cultural. Sin embargo, tal y como deja patente la popularidad que han alcanzado en los últimos años algunos programas de telerrealidad como *Duck Dynasty* o *Here Comes Honey Boo Boo*^[10], el viejo lastre de estereotipos asociados con las personas de encaste genético supuestamente irremediable continúa saturando la noción de escoria blanca en el siglo XXI.

Hay una gran cantidad de personajes célebres y no tan célebres que participan de la larga y baqueteadada saga de las razas inferiores estadounidenses. De entre ellos destacan Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Davy Crockett, Harriet Beecher Stowe, Jefferson Davis, Andrew Johnson, William E. B. Du Bois, Theodore Roosevelt, Erskine Caldwell, James Agee, Elvis Presley, Lyndon Baines Johnson, Ja-

mes Dickey, Billy Carter, Dolly Parton, William Jefferson Clinton y Sarah Palin, por mencionar solo a unos cuantos. El examen de sus ideas, de su cambiante imagen pública y de los vuelcos de su propia concepción de sí nos ayudará a comprender mejor la curiosa y compleja historia de la identidad de clase de los estadounidenses.

Queda, por tanto, claro que este libro aborda un gran número de relatos. Uno de ellos es el de la relevancia del pasado rural de la nación. Otro, que probablemente sea el más importante, pone el dedo sobre la llaga que más difícil nos resulta asumir, como pueblo, a los propios estadounidenses: el de la omnipresente realidad de una jerarquía de clases en nuestro país. El ensayo se abre y concluye con un análisis de los conceptos de «tierra» y «propiedad», ya que la identidad de clase y el significado material y metafórico de la «tierra» son nociones estrechamente vinculadas. Durante buena parte de la historia de Estados Unidos se ha dado en considerar que las malas clases eran productos de la mala tierra, la que aparece cubierta de maleza, se revela estéril o no pasa de ser un páramo pantanoso. La propiedad de una casa sigue siendo en nuestros días uno de los elementos que miden el grado de movilidad social de un país.

Empecé a interesarme en este tema en la escuela de posgrado, en la que tuve la fortuna de trabajar con dos académicos notables cuyo enfoque de la historia estaba llamado a moldear mi propia carrera profesional de un modo muy significativo. A Gerda Lerner, mi directora de tesis, le apasionaron siempre los trabajos enfocados a la desmitificación de las ideologías y supo imbuirme del sano recelo que produce la constatación de los límites de las creencias populares. Paul Boyer fue un historiador y un intelectual capaz de abarcar una asombrosa gama de conocimientos y de describir con tanta sutileza como ingenio las características constitutivas de la Nueva Inglaterra puritana, las ideas de los reformadores morales decimonónicos y los credos

de los fundamentalistas religiosos del siglo XX. La pequeña población fronteriza de San Benito, en Texas, también concentra muchos de los elementos que explican que estas cuestiones me interesen tanto. En ella vino al mundo mi madre. Su padre, John MacDougall, fue un colono moderno que atrajo a personas venidas de Canadá y logró que se asentaran para cultivar la tierra.

Varios amigos y colegas han aportado contribuciones que se han revelado cruciales para la elaboración de este libro. Quiero expresar mi gratitud a todos cuantos leyeron algún capítulo, me ofrecieron sugerencias o me indicaron fuentes de consulta: Chris Tomlins, Alexis McCrossen, Liz Varon, Matt Dennis, Lizzie Reis, Amy Greenberg y mi colega de la Universidad Estatal de Luisiana Aaron Sheehan-Dean. Lisa Francavilla, directora editorial de *The Papers of Jefferson: Retirement Series*, Charlottesville, Virginia, me hizo notar la existencia de una valiosa carta; y Charles Roberts compartió amablemente conmigo un decisivo artículo periodístico sobre la comunidad de Palmerdale en Virginia, dedicada al reasentamiento de familias con dificultades económicas. La directora de la Editorial Viking, Wendy Wolf, que tiene sus raíces familiares en Nueva Orleans, ha realizado una labor clave, ya que ha conseguido centrar la argumentación y pulir mi prosa. Wendy ha dedicado una extraordinaria cantidad de tiempo y una cuidadosa atención al manuscrito, que ha revisado con excelente celo profesional; sus juiciosas correcciones han suavizado las aristas de esta compleja historia y han conseguido que el texto sea mucho más asequible para el lector, demostrándome con ello que el rigor académico no tiene por qué reducir la accesibilidad. Y sobre todo tengo una deuda de gratitud con Andy Burstein, mi más querido confidente y colega historiador, cuyo ojo crítico ha permitido mejorar mucho el presente libro.

